

LA HOSPITALIDAD MONÁSTICA¹⁰³

Mientras preparaba la apertura de este Encuentro, me decía que es totalmente inútil predicar a gente que ya está convertida y que hablarles sobre la hospitalidad era correr el riesgo de abrir puertas ya abiertas.

Pero al pensarlo nuevamente cambié de opinión.

En muchos monasterios, según parece, la recepción de los huéspedes resulta gravosa a veces para buena parte de la comunidad. Gravosa, porque, por definición, resulta muy difícil a una comunidad contemplativa darse cuenta cabal de lo que ocurre en la hospedería, comprender cuál es la obra de los hospederos en la hospedería; también, porque en un monasterio cuyo estado financiero es difícil, la operación hospedería no es muy rentable que se diga. Y por fin, porque el huésped llega a veces en momento inoportuno o es indiscreto, severo, etc.

Me parece que uno de los objetivos de este Encuentro es en primer lugar alentar a los hospederos. Es cosa preciosa encontrarse entre amigos con problemas semejantes, con dificultades parecidas y ayudarse mutuamente.

En una primera parte de mi exposición recordaré que la hospitalidad está intrínsecamente ligada a nuestra vida monástica por la naturaleza misma de la institución monástica. No insistiré mayormente en ello. La hospitalidad forma parte de la vida monástica, también por voluntad de la Iglesia, y esta es una, perspectiva más nueva.

En una segunda parte trataré de hablar de la hospitalidad monástica en la actualidad.

Por fin, en tercer lugar, procuraré trazar los rasgos de un monje hospederero.

I - Una teoría de la hospitalidad. ¿Cuál es la razón de la hospitalidad?

No me tomaré la libertad de hacerles un comentario del capítulo 53 de la Regla de san Benito. Uds. han leído y releído muchas veces ese capítulo, porque lo sustancial de su doctrina responde perfectamente a nuestros problemas actuales. A mí me impresiona profundamente el hecho de que ya en el siglo VI se haya observado que los huéspedes no faltan nunca en el monasterio. Las razones son muy diferentes ahora. En nuestros días, la afluencia a nuestras hospederías, el número siempre creciente de nuestros huéspedes ponen de manifiesto que, donde vive una comunidad monástica, la muerte de Dios, la ausencia de Dios se baten en retirada. “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos”. Una comunidad monástica irradia necesariamente su influencia porque es una presencia de Cristo en medio de los hombres. Nos damos perfectamente cuenta de que a veces obnubilamos la divina presencia, pero el amor de Dios es más fuerte, y el huésped, ya sea amigo, simple curioso o turista, será siempre atraído por una comunidad que reza, si su oración es verdadera. Dios está allí. Y allí se manifiesta.

Pero este hecho permanente, ya señalado por san Benito, recibe ahora por la voz del Vaticano II, una especie de consagración solemne. Conocemos, por supuesto, el n° 44 de la constitución

¹⁰³ Extractado de *Lettre de Ligugé*, N° 156. Apertura del Encuentro de hospederos monásticos que tuvo lugar en la Abadía de la Santa Cruz de Poitiers en enero de 1972. Tradujo: Hna. María R. de Nevares, osb. Abadía de Sta. Escolástica, Argentina.

LUMEN GENTIUM. Todo llamado a la vida religiosa está caracterizado por una doble finalidad: imitar más de cerca la forma de vida que el Hijo de Dios eligió cuando vino a este mundo... y representarla perpetuamente, manifestar mejor a todos los creyentes los bienes celestiales -presentes incluso en esta vida...”.

Asimismo en las primeras líneas de *PERFECTAE CARITATIS*: “La aspiración a la caridad perfecta por medio de los consejos evangélicos, trae su origen de los ejemplos y la doctrina del divino Maestro y aparece como un signo clarísimo del reino de los cielos”. En el mismo n° 44, *LUMEN GENTIUM* lo señala:

“La profesión de los consejos evangélicos aparece como distintivo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana”.

Se trata, por cierto, de normas generales de la vida religiosa. Pero ¿sería lícito a los monjes sustraerse a ellas? Mi argumentación es muy simple: ¿cómo seremos signos si no se nos ve en lo que somos? ¿Cómo nos verán si no es dejando que se aproximen a nosotros aquellos que lo desean?

Hemos leído, ciertamente, en nuestras comunidades la exhortación apostólica del Papa Pablo VI sobre la vida religiosa *EVANGELICA TESTIFICATIO*, del 29 de Junio de 1971. Sería interesante poner de relieve, en los diferentes discursos y entrevistas de Pablo VI sobre la vida religiosa, la insistencia con que invita sin cesar a los religiosos a ser “signos” en el mundo de hoy.

En la *EVANGELICA TESTIFICATIO* se pueden destacar no, menos de una treintena de expresiones relativas a lo que se llama el “papel epifánico” de la vida religiosa en la Iglesia. Permitidme citar algunas líneas de uno de los párrafos finales: “Este mundo, hoy más que nunca, tiene necesidad de *ver* en vosotros, hombres y mujeres que han creído en la palabra del Señor, en su resurrección y en la vida eterna hasta el punto de empeñar su vida terrena para *dar testimonio* de la realidad de este amor que se ofrece a todos los hombres. La Iglesia no ha cesado de alegrarse y de ser vivificada en el curso de la historia por tantos santos religiosos y religiosas que, en la diversidad de sus vocaciones, fueron *testimonios* vivientes de un amor sin límites a Jesucristo”.

No pueden desoír los monjes y las monjas semejante llamado de la Iglesia. Digámoslo sin ambages: la Iglesia que nos pide que seamos signos es la misma que nos pide que brindamos una buena hospitalidad en nuestros monasterios, la hospitalidad es una misión que nos confía la Iglesia. Está en el corazón de nuestra vida eclesial.

Algunos podrán asombrarse al ver que la Iglesia recalca tan fuertemente el carácter epifánico de la vida religiosa. Aquí debemos subrayar que no representa esto ningún equívoco para nosotros, ninguna invitación a que renunciemos a la “vida contemplativa” en lo que habitualmente entendemos por esta expresión. A todos nos alcanza la tentación de preferir *parecer* antes que *ser*. ¡Ojalá seamos capaces de descubrir toda la impureza de nuestro deseo de aparentar mientras descuidamos ser! Habría que citar muchísimos textos de los cuatro últimos papas que nunca han dejado de remitirnos a lo que somos. Citaré tan sólo un pasaje de la *EVANGELICA TESTIFICATIO* referente a la vida religiosa contemplativa: “Considerad pues cualquier otra actividad, a la que no obstante debéis atender... como un testimonio que ofrecéis al Señor de vuestra íntima comunión con Él”. No cito sino algunas líneas, pero la idea es clara: nuestra primera actividad es la contemplación. Y en esto está lo difícil de la hospitalidad en un monasterio: lo único que debemos hacer es dar testimonio de nuestro ser esencial.

II - La hospitalidad monástica hoy

Antes de intentar describir algunos de los rasgos característicos de la hospitalidad en un monasterio, quisiera hacer una observación importante.

Representarnos aquí todas las ramas de la Orden monástica en Francia y en Bélgica. Subrayemos ya, desde el comienzo, que la hospitalidad de las monjas no es la misma que la que pueden ofrecer los monjes; digamos también que las hospederías cistercienses tienen características que las tornan bastante diferentes de las benedictinas; tampoco olvidemos que cada monasterio tiene su manera de concebir la hospitalidad, sus problemas particulares con respecto a la hospedería, y termino esta enumeración recordando que cada hospedero representa aquí a su comunidad, verdad primordial sobre la que pronto volveré. Entonces, respetémoslos unos a los otros, seamos realistas. Tengamos en cuenta que las circunstancias varían de un lugar a otro.

Hechas estas reservas, podemos afirmar que, hablando con propiedad, existe una hospitalidad monástica. Todos nos hemos hospedado alguna vez en una comunidad de jesuitas o de dominicos, en un seminario, en alguna de esas muchas casas de retiros que se han habilitado desde hace una veintena de años. Y por cierto que se nos recibió muy bien. Pero en un monasterio encontramos además algo que, por no se qué misterio, resulta irremplazable, algo que hace que una hospedería monástica no pueda confundirse con una simple residencia.

En un hermoso artículo de la *Lettre de Ligugé*, n° 149, “El monje, el huésped y Dios”, el Padre Abad de la Pierre-qui-Vire anota lo siguiente: “¿Quiénes son los miembros de la comunidad monástica? Ante todo, los monjes y su abad. No están de paso allí. Esto supone que los monjes tienen con qué vivir, y no me refiero tanto al pan y al vino... sino al manantial sin el cual pronto serían unos sepultados, sin vida. Y pues esta fuente de vida divina brota sin cesar, el monasterio es llamado por san Benito, no la morada de los monjes sino la morada de Dios, o sea, de una manera misteriosa, la morada de todos. Porque, también los huéspedes son miembros de la comunidad monástica, no estables, sino miembros de paso, lo que evoca uno de los nombres dados a Cristo: Pascua, Paso... El huésped y el monje ¿no son acaso Cristo, ambos, cada uno a su manera? ¿Y no son necesarios ambos rostros para constituir el Cristo total, el que mora y acoge, el que llama a la puerta y se hace mendigo?”.

Me parece que en estas líneas tan densas, tenemos una doctrina profunda de la hospitalidad monástica. El huésped, porque está en la casa de Dios, está en el monasterio *en su propia casa*.

Y a partir de aquí, quisiera precisar algunos rasgos específicos de nuestra hospitalidad.

1. El sentido del Absoluto.

Toda la comunidad monástica está orientada deliberadamente hacia lo que san Pablo llama *las cosas de arriba*; está deliberadamente orientada hacia Dios, o no existe.

No es cuestión de arquitectura, de jardines bien delineados, esmeradamente cuidados. Mucho más que las cosas, las personas del monasterio deben ser capaces de pronunciar un solo nombre: Dios. Por estar vuelto hacia Dios, el monje es necesariamente un separado.

Cerca de nuestro monasterio de Tournay pasa una ruta muy ruidosa; hay 150 metros de camino, se atraviesa un pequeño arroyo y bruscamente se llega a la iglesia. Un sacerdote me decía hace algún tiempo: “Se pasa el arroyo y se encuentra uno en otro mundo...”. Sí, estamos, debemos estar en otro mundo. Un mundo que encuentra, que trata de encontrar su unidad en el ideal condensado admirablemente en dos palabras por san Benito: buscar a Dios. No bastaría con un hospedero que buscara a Dios para crear una buena hospitalidad monástica. Quien hospeda es toda la comunidad. Aun en los monasterios en los que la comunidad se sustrae habitualmente a

la mirada de los huéspedes, es evidente que la comunidad respalda todo cuanto se hace en la hospedería.

Aunque no salga de la zona de los locutorios, el visitante estará rápidamente en condiciones de percibir, en muchos detalles, la realidad profunda que anima a la comunidad que él no ve.

¿Cómo definir el sentido del Absoluto?

Es una gratuidad. El servicio de Dios es lo primero. Debemos ser hombres de Dios, contemplativos. Según una hermosa expresión del P. Loew, nuestros monasterios deben ser “verdaderos espacios espirituales”. Lo serán sólo si los hombres que forman esa comunidad son hombres espirituales que se dirigen resueltamente hacia Dios viviendo completamente fuera de la corriente materialista que pone en primer lugar la facilidad, el confort, el placer, los pasatiempos. Como decía el P. Loew al finalizar una conferencia a los abades franceses, en noviembre de 1970, sobre el tema “separación del mundo y apertura al mundo”: “No habría decepción mayor que hallar en vuestros monasterios gente que vive como los demás de televisión, de radio, o de cualquier otra cosa que se ha dejado para ir a vuestro encuentro.”.

Que esta reunión nos aliente en lo que es esencial para nuestra vocación y sin lo cual frustraríamos totalmente nuestra hospitalidad.

2. El sentido de la hospitalidad.

¿Cómo ejercer la hospitalidad hoy?

Correremos un riesgo, y es el de encastillarnos en una hospitalidad fácil, la de nuestros amigos, aquellos que por su fe y su cultura religiosa se sitúan a nuestro propio nivel. Cuando la Iglesia nos pide que seamos signos, no es para llegar sólo hasta aquellos que ya nos conocen pues entonces difícilmente escaparíamos a la acusación de formar un ghetto...

La hospitalidad es tanto más difícil cuanto hoy el estilo de vida, inclusive el estilo de la vida cristiana, evoluciona más rápidamente que el estilo de nuestras comunidades monásticas. Por eso nos encontramos frente a problemas nuevos.

Por ejemplo: los grupos mixtos. Entre nosotros, benedictinos, recibimos a los hombres y a los jóvenes en el refectorio de la comunidad. Las señoras, las jóvenes toman sus comidas en una hospedería externa. Chicas y muchachos no alcanzan a comprender por qué no tienen acceso juntos a los mismos lugares. ¿Qué decir de los matrimonios?

Nos encontramos frente al problema de la clausura, mucho más delicado todavía en los monasterios de monjas puesto que entre los monjes el abad es el custodio de la clausura. En lo concerniente a los monasterios de hombres reconozcamos que esta clausura, que permite, en principio, a los hombres circular libremente, y que detiene a las mujeres en los locutorios, tiene algo de irritante. ¿Qué piensan de esto las madres de nuestros postulantes?... Todo el mundo está muy de acuerdo, por supuesto, en decir que una cierta clausura es necesaria, y hasta “que puede ayudar a los visitantes a tomar conciencia de que unos hombres se han retirado con Dios y para Dios, a fin de buscar lo único necesario y el Absoluto, el Señor”. No tenemos la misión de resolver ese problema, pero decir que existe un problema es una simple cuestión de honestidad.

Quisiera volver ahora a la expresión empleada un poco más arriba. Nuestro planteo es que hay que recibir a las personas como personas.

Recibir como huésped a una persona es amarla por sí misma. Según la mejor tradición de los

hijos de San Benito -como lo hacía notar el Padre Abad de la Pierre-qui-Vire en el artículo citado-, quienquiera que llega a la casa de Dios, la casa de todos, deviene miembro de la comunidad. No un miembro anónimo, porque eso no existe en la comunidad monástica, sino una persona concreta, acogida tal como es, en su riqueza inamisible de creatura de Dios, de hermano o hermana de Cristo. Una hospitalidad que no respetara a las personas no sería una verdadera hospitalidad. A través de la Regla de San Benito se encuentra -y es ésta una de sus grandes riquezas- una doctrina sobre la persona. ¡Con qué respetuosa discreción habla san Benito de la persona! Me parece que el sentido profundo de la hospitalidad monástica consiste en esto: que -el recibimiento sea personal, lleno de tacto, y que no tenga un carácter unilateral sino que sea un intercambio fraternal. Sería un orgullo inconcebible que el monje llegara a pensar que no tiene nada que recibir de su huésped. Debemos decir que la persona es accesible sólo en un diálogo. Sí, hace falta un tacto “infinito” porque sólo Dios puede concedernos esa delicadeza que conviene a cada persona: al estudiante y al vagabundo, al adolescente y al hombre maduro, a los matrimonios y a la mujer sola, al sacerdote con dificultades, al joven en búsqueda de su vocación, etc.

3. La pobreza.

Hace unos instantes hablábamos del respeto a la persona, forma de discreción tan cara a san Benito. En esta misma línea sería necesario hablar ahora de la sobriedad, de una cierta austeridad, en una palabra, de la pobreza que conviene a la hospitalidad monástica.

Últimamente, en Tarbes, en un consejo diocesano de Grupos de Vida evangélica, todos los participantes desembocaron espontáneamente en una misma afirmación: en todos los niveles de la Iglesia es indispensable, hoy, dar el testimonio de la pobreza.

¡Dios nos guarde de las hospederías lujosas, demasiado bien instaladas! Ya sabemos que tanto la pureza de los hombres como la de las comunidades está esencialmente ligada a la pobreza. Que el estilo de nuestras, hospederías no pueda jamás hacer pensar que tenemos aquí morada permanente.

III - El hospedero

Con lo que llevamos dicho queda ya trazado el retrato del hospedero. Para perfilarlo un poco más, quisiera decirles primeramente que no tengo la pretensión de dar lecciones a nadie. El abad es un hombre que debe tener también el carisma de la hospitalidad y, al reflexionar sobre lo que debe ser el hospedero de un monasterio, estoy haciendo mi propio examen de conciencia.

Es cosa ya sabida: el hospedero no puede ser sino el delegado de la comunidad. El hermano X no está encargado de los huéspedes como de una obra personal: en realidad es una comunidad, es la comunidad la que recibe al huésped.

Esto ya nos muestra que el hospedero, en cierto modo, se eclipsa ante la comunidad. Debe salir al encuentro del huésped, pero ha de tratar por todos los medios de revelar en su fisonomía el rostro de la comunidad. En ningún caso el hospedero puede decir: mi hospedería, mis huéspedes, mis relaciones.

1. San Benito pide que se designe hospedero a “un hermano cuya alma esté poseída del temor de Dios”. Todo está dicho en esta expresión cuyo sentido hemos tratado de dilucidar en varias ocasiones. El hospedero ha de ser un hombre de Dios, un espiritual, un auténtico monje. Por supuesto que cada hospedero tiene su personalidad y una mayor o menor facilidad en su trato con los demás. Si el hospedero fuera tímido, no hay duda de que su profunda vida interior crearía inmediatamente el contacto necesario con el huésped. El huésped llega al monasterio ávido

sobre todo de realidad espiritual. Y esa realidad, cuando existe, será siempre perceptible a pesar de la inadaptación externa de dicha relación. Si, por el contrario, el hospedero es naturalmente comunicativo ¡tanto mejor! Pero que recuerde siempre lo que es, y jamás aproveche su empleo, su misión, para disiparse y para compensar, quizás con múltiples contactos, un cierto desequilibrio afectivo.

Siempre en el mismo artículo, el P. Abad Denis Huerre destaca que “el obstáculo mayor a la hospitalidad es la palabrería que, en un monasterio, así como en cualquier otra parte, trivializa y marchita las mejores oportunidades de superación que se presenten”. Hospederos o no, todos llevamos nuestro tesoro en vasos frágiles. Esta reunión nos ayuda a tomar distancias, y sería una lástima no aprovecharla para que cada uno se interrogue sobre el clima de recogimiento y de silencio en el que vive habitualmente.

Se podría aplicar perfectamente al cargo de hospedero todo lo que san Pablo dice en la Carta a los Gálatas, sobre los frutos del Espíritu: “El fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza.”.

Cuando llegan los imprevistos, cuando se trastornan nuestros planes, cuando surge un apuro increíble, cuando acuden grupos incompatibles entre sí... ¡qué sé yo! ¿A quién no le conviene entonces releer el Capítulo V de la Carta a los Gálatas?

2. Los huéspedes son personas. Si, por un lado, el hospedero ha de ser un hombre espiritual, es preciso que posea también un mínimo de psicología, de discernimiento, de juicio sano y recto: el sentido de las personas. Esto exige un trabajo constante y difícil de discernimiento, hecho con tacto, con firmeza; también para esto puede servir de regla la exhortación de san Pablo: “Vivir la verdad en la caridad”. No insisto en este punto: nadie es juez en su propia causa.

3. Acabamos de decir también que la hospitalidad debe tener el sello de una cierta pobreza. Si el hospedero es un hombre de Dios necesariamente será un pobre. ¿Cómo saber si somos pobres? San Benito ya se planteaba todo esto. Me parece que para saber si somos pobres, el mejor medio es sorprender la propia reacción cuando recibimos a un pobre... Nuestra preferencia por Jesucristo debe verificarse en esa ocasión. ¿Prefiero servir a los pobres, de todo corazón, con toda la presencia de que soy capaz? El P. Rabine, encargado de los asuntos pastorales del secretariado del Episcopado, cuenta que cierta vez visitaba un monasterio acompañado por un monje de mucho ingenio... (digamos más bien, con demasiado ingenio!). Dicho monje multiplicaba sus agudezas y, prácticamente, se interesaba sólo por una o dos personas del grupo, evidentemente más cultas que las demás. La gente sencilla, como es natural, no entendía nada. ¿Era evangélico ese monje?...

¡Somos siempre demasiado ricos! ¡Dios nos guarde de los hospederos que tienen respuesta para todo! Repitémoslo: si un hospedero es un espiritual, su pobreza ganará al auditorio. ¡Su suficiencia, jamás!

*Tournay
Francia*